LOS ESPADACHINES DE VARNIS

CLIVE JACKSON

Las lunas gemelas acariciaban los rojos desiertos de Marte y la desolada ciudad de Khua-Loanis. El viento nocturno suspiraba por entre las frágiles espiras y susurraba en las desgastadas celosías de los ventanales de los templos vacíos, y el polvo rojo transformaba a la ciudad en una masa de cobre.

Era ya casi medianoche cuando el distante sonido de cascos al galope llegó hasta la ciudad, y pronto los jinetes pasaron atronando por debajo del antiguo portalón. Tharn, Señor de la Guerra de Loanis, llevando a sus perseguidores la escasa ventaja de unos veinte metros, se dio cuenta con cansancio que la distancia se iba acortando, y espoleó los escamosos costados de su vorkl hexápodo con crueles golpes. El fiel animal lanzó un suave grito de desesperación cuando trató de obedecer y no pudo lograrlo.

Frente a Tharn, sobre la gran silla doble de montar, se hallaba Lehni-tal-Loanis, Princesa Real de Marte, cabalgando el desmañado animal con natural gracilidad, inclinada hacia adelante a lo largo de su arqueado cuello para murmurar rápidas palabras de ánimo en sus aplastadas orejas. Luego se recostó contra el pecho de Tharn, recubierto por la cota de mallas, y volvió hacia él su angélico rostro, ardiente y ruborizado por la emoción de la persecución, con los ojos de color ámbar encendidos con el amor que sentía hacia el extraño héroe de más allá del tiempo y del espacio.

—¡Aún podemos ganar este combate, mi Tharn! ¡Allá, tras ese arco, se halla el Templo del Vapor Viviente, y una vez allí podremos desafiar a todas las hordas de Varnis!

Contemplando su irreal belleza, las sutiles curvas de su garganta, sus senos y sus caderas descubiertas por el viento que agitaba sus diáfanas vestiduras, Tharn supo que aunque los espadachines de Varnis acabaran con él, esta extraña odisea no habría sido en vano.

Pero la muchacha juzgó la distancia correctamente, y Tharn llevó a su jadeante vorkl hasta las grandes puertas del Templo en una deslizante caída final, mientras los Espadachines llegaban hasta el portalón exterior y se atascaban allí en una forcejeante y maldiciente masa. Pero en unos segundos se habían puesto de acuerdo y atravesaban al galope el patio, aunque el retraso dio a Tharn el tiempo suficiente como para desmontar y disponerse a luchar frente a una de las grandes puertas. Sabía que si lograba mantenerse firme durante unos momentos, mientras Lehni-tal-Loanis conseguía abrir la puerta, el secreto del Vapor Viviente sería suyo y, con él, el dominio de todas las tierras de Loanis.

Los Espadachines trataron primero de aplastarlo bajo sus cabalgaduras, pero la puerta era tan estrecha y profunda que Tharn sólo tuvo que dar una estocada hacia arriba, clavando la punta de su espada en el cuello del primer vorkl y saltando hacia atrás mientras la bestia moribunda se desplomaba. Su jinete quedó atontado por la caída, y Tharn saltó sobre el animal muerto y decapitó al infortunado Espadachín sin ningún remordimiento. Restaban aún once enemigos, que se acercaban ahora a pie; pero la angosta entrada les impedía atacar en número superior a cuatro cada vez, y la posición predominante de Tharn, subido sobre los enormes despojos, le daba la ventaja que necesitaba. El fuego de las batallas corría ya por sus venas, y

mostró sus dientes y rió en sus caras, y su espada ensangrentada tejió una red de fría muerte que nadie podía pasar.

Lehni-tal-Loanis, tanteando ágilmente con fríos dedos la corroída puerta de bronce, halló la cerradura de radiación y apretó contra ella su brillante anillo opalescente, permitiéndose un ligero sollozo de alivio cuando oyó como los ocultos mecanismos funcionaban. Con una agonizante lentitud, la antigua maquinaria comenzó a abrir la puerta; pronto oyó Tharn como la límpida voz de la muchacha gritaba por encima del ruido de los aceros entrechocando:

—Entremos, mi Tharn. ¡El secreto del Vapor Viviente es nuestro!

Pero Tharn, que ya había eliminado a cuatro de sus contrincantes, pero que aún se enfrentaba con siete adversarios, no podía retirarse de su lugar encima del vorkl muerto sin correr grave peligro de muerte, y Lehni-tal-Loanis, dándose perfecta cuenta de esto, saltó a su lado, desenvainando su propia y delgada espada al tiempo que gritaba:

—¡Ánimo, mi amor! ¡Yo seré tu brazo izquierdo!

Entonces, la fría mano de la derrota atenazó los corazones de los Espadachines de Varnis: dos, tres, cuatro más entre ellos mezclaron su sangre con el rojo polvo del patio, mientras Tharn y su princesa guerrera hacían volar sus implacables hojas perfectamente al unísono. Parecía que nada podría ya evitar que lograsen conquistar el misterioso secreto del Vapor Viviente..., pero no contaron con la felonía de uno de los Espadachines que restaban. Saltando hacia atrás para apartarse del conflicto, abatió disgustado al suelo su espada.

—¡Maldición! ¡Al demonio con esto! —gruñó; y, desenfundando una pistola protónica, mandó al infierno a Lehni-tal-Loanis y a su Señor de la Guerra con un ardiente rayo de energía.

F I N

Digitalización, Revisión y Edición Electrónica de Arácnido.
Revisión 3.